

UNIDAD Y DIVERSIDAD

POR LUIS CERNUDA

UNA vida humana completa podría resumirse diciendo: la unidad dentro de la diversidad. Pero es casi imposible que tan hermoso destino lo cumpla uno de nuestros contemporáneos. Tantas limitaciones se han impuesto a la vida, que hoy el hombre no pisa un terreno virgen: sus huellas se imprimen servilmente sobre las de sus predecesores y a ellas se acomodan. No vive, es decir, no crea: imita. Un hombre que natural y secretamente esté en contradicción con el orden exterior no puede conformarse con seguir en bloque el curso de lo habitual. Quien se sienta singular, cándido y sutil, busca el limpio, prístino aire paradisíaco: en el principio era... Ese hombre estaría dotado, fatalmente, del espíritu lírico. Y en efecto, sólo un poeta, cuyo organismo es único por esencia, podría realizar la empresa humana a que antes aludía, y de hecho así ha ocurrido en diferentes ocasiones —Byron, por ejemplo, por no citar más que un destino deslumbrante. Mas como al mismo tiempo un poeta es lo excepcional y la sociedad actual no tolera excepciones en su férrea jaula, el poeta, a menos de ser un héroe además, no puede realizar exteriormente la curva que un invisible poder demoníaco parecía haberle asignado. Así, pues, sobre su propio espíritu actúan irisadamente a lo largo de los días unidad y diversidad. Pero como esta rivalidad cotidiana necesita resolverse en acto, convirtiéndose si no en un tormento, de ahí el empleo de la palabra, instrumento posible de un acto imposible, para realizar con ella idealmente lo que de otro modo nunca adquiriría forma visible, y ello aún dentro de ciertos límites. Vivir así es, pues, un espectáculo en un cerebro. Por encima flota la cabellera, penacho de nubes oscuro o dorado, risozo o desmayado como un humo triste.

¿Se equivocaría demasiado quien afirmase que la poesía española, durante los siglos XVIII y XIX, arrastra una existencia dudosa? Precisamente es ésta la gran época de la poesía universal: prerrománticos, románticos y postrománticos, en Alemania, Inglaterra y Francia, se yergen fuertes y sutiles, radiantes y enigmáticos, estrechando contra su cuerpo mortal la invisible forma de la poesía. Los siglos anteriores, los blancos siglos de la poesía clásica, ofrecieron para nosotros, entre otros, los líricos ejemplos de Garcilaso y Juan de la Cruz. Pero en los años subsiguientes, ¿quiénes pudieron recogerlo? Más tarde, a fines del siglo pasado, un andaluz, Gustavo A. Bécquer, reanuda la corriente ya casi perdida, vivificando con su aliento inaudito la inerte poesía española. No era una seca tradición la que instauraba: en él adquiere la poesía fuerza apasionada y desesperado ímpetu, siendo poco probable que sus ignorantes admiradores pudieran percibir tan inesperada iluminación. Me gusta añadir a los dos nombres anteriormente citados, es decir, a Garcilaso y Juan de la Cruz, el de Bécquer, dejando así reunidos sus tres ejemplos entre los restantes que puede ofrecernos la poesía española. Garcilaso más delicado, Juan de la Cruz más sensual, Bécquer más apasionado, aunque estas cualidades, en verdad, no sean privativas de cada uno de ellos, ya que todas se dan en todos tres, como imprescindibles cualidades del poeta, pero sí llegan a adquirir un predominio respecto a las restantes, sirviendo para caracterizar a su poseedor. Falta en cambio lo misterioso, ese tenue resplandor que acompaña casi inseparablemente a la poesía. Por lo demás, tal vez haya faltado también en el lirismo español, amigo de grabar realidades duras, cortantes y secas, trasmutador de la carne en vegetal, y del vegetal en piedra. Una adusta claridad de laboratorio baña metálicamente el verso español. Muchas veces ha transformado en insolentes diamantes o perlas las pobres lágrimas humanas, que si tienen algún valor es precisamente su transparente e insólita pobreza. El misterio se cobija en otros círculos más hondos, pasados cenicientos montes y pálidos mares. Blake y Hölderlin quedan allá lejos.

Después de Bécquer, en los últimos años del siglo, surge en España, tímidamente, un movimiento poético. Nombres que aparecen y desaparecen, obras que nacen y mueren, borrosa contradanza de sombras. Pero entre tales nombres uno se va afirmando. Lento y seguro, deja atrás ese mundo elemental donde los cuerpos se agitan un día para convertirse al siguiente en fantasmas. Dicho poeta era, es, J. R. Jiménez. Y por una coincidencia, repetida lo bas-

tante en la poesía española contemporánea para significar algo más que una simple coincidencia, J. R. Jiménez, como Bécquer, es también andaluz. Aparece, pues, en los días modernistas: vive en su Casa Azul Marino. Durante esa época triunfa Darío y una languidez mitológica flota en el aire. El mundo va, como un limbo, a la deriva. Pero, al mismo tiempo que la vena modernista, vibra en este poeta un dejo becqueriano. Tales son las dos orillas entre las cuales fluyen sus primeras obras publicadas: *Almas de violeta* y *Ninfeas*. Existe además lo que él es, su propio espíritu, lo que nada ni nadie puede darnos si no existe ya de por sí y con anterioridad al espectáculo externo. La melancolía interpone entonces, entre sus ojos y ese espectáculo, un velo impalpable:

¡Cuánta bruma; cuánta sombra!
¡Cierra, cierra
los cristales! ¡Siento un yelo por el alma!
.....
Mira el cielo ceniciento, mira el campo
inundado de tristeza.

Porque piénsese que si el adolescente encuentra en sí una ilimitada cantidad de deseos y posibilidades, pocos en torno suyo parecen sospechar la existencia de tal fervor, como si estuviesen dispuestos a prescindir de la favorable disposición juvenil, igualmente generosa y egoísta. Y como lo no realizado engendra melancolía, de ahí esa actitud de manifiesta hostilidad resentida de tantos adolescentes frente al mundo. Unos llegan al suicidio, otros al apartamiento de los hombres. Quizá esté justificada su actitud. Sólo más tarde, cuando traspuestos tantos peligrosos recodos humanos lleguen a prescindir de esos años, tristes en definitiva, es cuando la sociedad los admite dentro de sí. Hasta puede convertirlos, una vez domesticados y si su actividad da pie para ello, en eso que llaman un hombre representativo: ya está delimitado el reducido imperio que se nos concede de por vida. En ese imperio, nuestro invisible eje sombrío reabsorbe la mágica diversidad circundante, trasmutándola allí, engendrando la unidad, tan perseguida por J. R. Jiménez a través de toda su obra con orgullosa fidelidad.

Mas cuando un espíritu es grande, sólo en lo grande puede sosegar sus deseos. No podían bastarle por tanto a J. R. Jiménez, como sí bastaron a algunos entre sus compañeros de generación,

esos fugaces modelos que una época propone siempre a sus habitantes. El simbolismo menor francés, ciertos poetas centroamericanos y sudamericanos eran, en este caso particular, tornadizas normas que aquel ambiente les proponía. Frente a esto, como natural reacción, debía volverse hacia lo español. Siempre fue perceptible en su obra ese enlace natural y fluido con la tradición más eficaz de nuestra poesía: el Romancero, de una parte, y los líricos clásicos, de Santillana a Bécquer, sobre todo Góngora y este último. Mas tal vez no baste lo nacional. Afirmado en el propio terreno es grato tender la mirada sobre el contorno universal y hasta, quién sabe, perderse en lo ajeno, olvidándose lo más sabido en uno mismo. Las herencias, no ya diferentes, sino opuestas, fortalecen un organismo. Sus dones contrarios luchan entre sí dentro de un mismo individuo, y esa lucha puede resolverse en armonía, impulsando al hombre hacia lo más arduo y difícil: hacia la fuerte afirmación subjetiva. Se encuentra a veces en las primeras obras de J. R. Jiménez los nombres de Verlaine, Samain y Laforgue. Los de Shelley y Goethe suenan después, así como los de Mallarmé y Joyce, bien que éstos, claro es, actúen en otro sentido. Conoce y ama lo definitivo dentro de la poesía universal, insistiendo más en la norteamericana y, sobre todo, en la inglesa, tal vez aquella que ha dado el ciclo lírico más alto con que cuenta la poesía. Pero quizá sea Goethe quien más lejos y hondo le haya impulsado. La evolución de su prosa tiene distinta trayectoria, aunque ésta y el verso sean sólo diferentes aspectos de una misma creación poética. Eran primero los paisajes melancólicos, sentidos más que vistos, cantados con acuidad y transparencia que recuerda, a veces, el fascinante *Prelude à L'après midi d'un Faune*, en el cual, ante la naturaleza anterior al pecado, se abren unos sentidos vírgenes, mas yo no sé con qué espina de melancolía. Desde *Arias tristes* a *Laberinto* aparecen y desaparecen estos vagos paisajes de extraña precisión en ciertos momentos, aunque ignoro si la labor ulterior fue quien los revisió así:

*Entre los huesos de los muertos
abría Dios sus manos amarillas.*

Entre ellos, como por lo demás en casi toda su obra de esta época, se respira una mórbida atmósfera que vibra con cierta sutil ponzoña adormecedora. Bien sé que el propio autor no acepta tales obras sino como esbozos, materia apta sólo para ulterior formación. Aunque ello no sea obstáculo para que quienes gocen el raro privi-

legio que es uno de esos inaccesibles volúmenes, se sumerja gustosamente en su palúdica atmósfera. No es ése, desde luego, el definitivo J. R. Jiménez. Este, a la antigua desgana frente a la vida, opone una afirmación: la vida en sí y por sí merece amor. (Y qué hosca negación interior se levanta al escribir esas palabras). Sentirse vivir basta a veces:

*No, esta dulce tarde
no puedo quedarme;
esta tarde libre
tengo que irme al aire.
Al aire que ríe
abriendo los árboles,
amores a miles,
profundo, ondeante.
Me esperan las rosas
bañando su carne.
No me claves fines;
no quiero quedarme!*

Piénsese lo que para un espíritu, ya rico de por sí, representa esa actitud. Es como un nuevo nacimiento. En un momento dado todo vibra melodiosamente, como un cuerpo juvenil desnudo. El mar tiene ritmo, el aire tiene ritmo, los bosques tienen ritmo, ritmo que el hombre encuentra y sigue naturalmente en los momentos excepcionales de su vida, cuando ya se ignora si somos tierra o aire. Claro está que no me refiero aquí a ese aditamento dominical llamado optimismo, sino a un acorde humano en el cual goce y sufrimiento se funden para lanzar como flecha su exaltada afirmación vital. Recuérdese cómo se repartían júbilo y angustia los últimos días lúcidos de Nietzsche empleado en nuestro lenguaje, desde el lado de acá de la locura. La vida debe afirmarse con plena conciencia. La realidad, nuestra enemiga, es con excesiva frecuencia bastante hostil. Pero la terca actitud negadora frente a la vida resulta mezquina. Existe en nuestro organismo una aspiración frenética al placer, aspiración que los contratiempos pueden abatir, pero nunca destruir completamente. Como una melodía olvidada resurge a veces después de días, de años silenciosos: son las eternas sirenas que atraen a ciertos navegantes reales. ¿Qué sería de nosotros sin ellas?

En general, parece que pudiera atribuirse la mutación operada en la obra de J. R. Jiménez a una diferente actitud vital. Dentro de ella están el *Diario de un poeta recién casado*, la *Segunda antología poética*, *Poesía, Belleza*, obras de múltiple respuesta. Cada vez que se hojean responden a la cambiante sollicitación del lector: densas y ágiles ofrecen, como el aire, ilimitadas perspectivas. No quiero, pues escoger. ¿Por qué limitar el placer? J. R. Jiménez es toda una época de la poesía española. Delicado y pujante, íntimo y amplio, datado y sin fecha, próximo y distante, pulsa diferentes tonos en una sola y dilatada voz. “El verdadero poeta es omnisciente; es un verdadero universo en pequeño” —dice Novalis. Y también: “Una poesía debe ser por completo inagotable, como un ser humano y como un gran pensamiento”. Tiene J. R. Jiménez ayer, hoy y mañana y, sobre todo, tiene siempre. Limitado preciosamente en sí mismo, da a la vez mucho a los demás, busquen o no en su larga noche. Ha realizado difíciles empresas. Y como aún tiembla a lo lejos la flecha disparada, suscita en otros arqueros impulsos diferentes en su horizonte, idénticos en su partida. Ese compromiso sin término que siente frente a su obra anterior, ese constante retorno sobre lo ya vivido, reteniéndolo desesperadamente hasta confundir pasado y presente en un sólo tiempo lírico que sería la eternidad cantada, amada y exaltada por él, no más que un testimonio visible de su afán por mantener la esencial fidelidad dentro de lo sucesivo. Espiritual unidad en la espiritual diversidad —diríamos. Tal aparece ante nuestros ojos la obra realizada por J. R. J. No en vano llamó él mismo *Unidad* a una serie de cuadernos en los cuales pensaba hacer visible su labor proteica, no en vano llama hoy *Sucesión* a otras hojas inspiradas en idéntico propósito.

¿Dónde se manifiesta, pues, la continuidad de este espíritu lírico? En la afirmación persistente y vibrante de su propia individualidad. Pocos habrá entre nosotros tan sutilmente fieles consigo mismo como este poeta, pocos tan prestos siempre a abandonar lo conquistado hoy, y él sabe con cuánto esfuerzo, por una entrevista posibilidad, lejano contraluz que las inestables sirenas le ofrezcan. Es un eterno fluir y un eterno fijar. Labor heroica, como la de quien quisiera aprisionar en sus ojos todo el mágico reflejo tornasolado del mundo antes de cerrarlos definitivamente.

(De *Los cuatro vientos*. Febrero, 1933.)